

LA ESCRITURA COMO VÍA DE CONVERSIÓN

por Graciela Maturo

Me complace participar de esta conmemoración de los cuatro siglos del nacimiento de Luis de Tejada. Es muy importante en estos tiempos de desorientación tener presente su obra, tan injustamente olvidada en nuestra enseñanza donde siguen prevaleciendo criterios parciales y adversos al humanismo. Y al mismo tiempo adquiere sentido recordar que los orígenes de nuestra cultura y nuestras letras se hallan entrelazados con la simbólica cristiana. Es lo que me propongo bosquejar en el breve lapso de esta reunión evocativa.

La poetización de su vida conduce a Tejada a una organización de sucesos y adversidades y a la búsqueda de un centro espiritual en que estos desvíos hallan su final justificación y reversión. Expone los pasos de su vida en el Romance Autobiográfico, y canta a la Virgen en las Coronas Líricas siguiendo los Misterios del Rosario, en una singular disposición que va alternando una y otra línea. El suyo es un trabajo confesional que se combina con cantos de naturaleza himnica dedicados a la Virgen, y una rigurosa exposición teológica de la doctrina cristiana del Amor.

Recordemos que Luis José de Tejada y Guzmán, considerado nuestro primer poeta, es al menos el primero, que sepamos, de los nacidos en el prototerritorio nacional, luego de dos autores nacidos ambos en España: el clérigo Luis de Miranda y Villafañá, llegado con Pedro de Mendoza, que compuso el romance elegíaco de la destrucción de Buenos Aires, y el arcediano Martín del Barco Centenera, venido con Ortiz de Zárate, que dio nombre a esta región con su obra *Argentina*. Los tres fueron hombres de la Iglesia, y aunque sus obras son diferentes por su género y perspectiva, cabe reconocer en ellas un común espíritu moral y admonitorio, que lleva a Luis de Miranda a lamentarse del castigo divino que se cier-

ne sobre la ambición de los conquistadores, a Centenera a fustigar la incompreensión de funcionarios y militares ante la realidad del indígena, y al dominico Luis de Tejada a una valerosa introspección en la búsqueda de su salvación personal.

Luis José nació el 25 de agosto del 1604, cuando la aldea fundada por Gerónimo Luis de Cabrera treinta años antes iniciaba un desarrollo singular que la condujo a ser uno de los focos culturales de la Colonia. Por cierto el Tucumán no coincidía por esos tiempos con la vasta provincia que toma su nombre del Río de la Plata, pero había ya un trasiego cultural que vinculaba a las diversas regiones, como lo prueba la fundación de la Universidad de Córdoba por Hernán Trejo y Sanabria, enviado desde la Asunción. ¿Qué era Córdoba del Tucumán a comienzos del siglo XVII? El propio poeta va a decírnoslo en una narración incluida en su única obra:

«El Tucumán es una de las más remotas Provincias, que hacia el Polo Antártico, termina, el prolongado imperio de la América y la que ultimamente entre ellos, conquistaron las Armas de España y penetra la luz de el evangelio; es la ciudad de cordova, una de las ocho que se compone, que dista pocas mas de cien leguas de las neuadas Cordilleras de Chile, y del famoso Rio de la Plata que con un medio círculo la ciñen; fundose el año de mil quinientos settenta y tres con tan fatal dicha, que ha muchos, que teniendo apenas ducientos vecinos sustenta con piedad christiana fuera de su iglesia matris y Parroquial, quatro conventos de Religiosos, con noviciados y estudios como los principales de sus provincias adiacentes; y dos conventos de Religiosas, el uno de Santa Catalina de Sena, y el otro de Carmelitas Descalzas, que es el asumpto desta Relación»¹.

La familia de los Tejada tuvo en el siglo XVIII

a un prolijo genealogista que, según las investigaciones de Carlos Luque Colombres, fue el tataranieta del poeta, don Juan Luis de Aguirre y Tejeda. El conocimiento de la biografía del poeta, rescatado a través de su propia palabra y de documentos de la época, es indispensable para conocer el sesgo de la conversión espiritual desplegada en su obra.

La familia Tejeda se enraiza en los comienzos de la Conquista. Su abuelo Tristán de Tejeda acompañó al fundador de Córdoba, y casó con la mestiza Leonor Mejía Mirabal, hija de la india María Mejía, que nunca había hablado el español. La herencia mestiza era común en los primeros tiempos de la Conquista y no disminuía la estimación del linaje². Por su madre emparenta con los Guzmán, de la sangre de Teresa de Ávila.

Tuvo Luis José una excelente formación en el Colegio Máximo de los Jesuitas, donde se graduó, a los dieciocho años como Bachiller en Artes y Filosofía. Sus estudios habían comprendido las disciplinas de Lógica, Filosofía, Moral y Metafísica además de Gramática, Retórica y Latín; el dibujo y la arquitectura los aprendió en talleres de artistas, en las temporadas en que el exceso de estudio exigía una tregua en el Colegio, y la Teología, la estudió en la Universidad, donde no consta que llegara a doctorarse. *Estudiaba entonces yo/ dos materias soberanas/ de Gracia y Eucharistía/ que es la fuente de la Gracia*, dice en el *Romance* que es la fuente principal sobre su vida.

El brillo intelectual del joven Luis José, reconocido por el Arzobispo Julián de Cortázar, parecía destinarlo a su perfeccionamiento en España, ya dispuesto por su padre, cuando un suceso familiar cambió su destino. Fue la curación milagrosa de su hermana María Magdalena, quien ya desahuciada por los médicos volvió a la vida por la intercesión de Santa Teresa de Ávila, cuya imagen traída de España fue entronizada en casa de los Tejeda. Su padre Juan de Tejeda se comprometió a fundar el convento de Santa Catalina, y asimismo el de las Carmelitas Descalzas comúnmente llamado de las Teresas, donde profesaron varias mujeres de la familia, y junto con su hermano menor destinó a esa tarea gran parte de su fortuna. Luis se vio envuelto, por esos años, en las andanzas amorosas de sus hermanos Gregorio, y Gabriel, que lo involucraban en algunos excesos, y por otra parte debió actuar por pedido de su padre en la contención de estos, ayudando a la

familia en el pleito de disolución de un matrimonio clandestino de Gregorio. Don Juan gestionó su ingreso en la milicia, y por otra parte el obispo Cortázar propuso su enlace con la joven riojana Francisca de Vera y Aragón, la Anfrisa de sus versos. En 1624 se celebró el matrimonio, que así recuerda el poeta:

Yo indigno de tanta dicha,/ puse en las manos mi causa/ de mi padre, y tuvo gusto/ de que sin partirme a España, / diese la mano de esposo/ a Anfrisa, de prendas raras, / hermosa y tierna doncella,/ de honrada y noble prosania.

El camino de las armas revela una nueva faceta de don Luis. Participa en diversas campañas en la lucha contra el indio que asediaba las ciudades recién fundadas, e incluso será enviado a Buenos Aires, el Puerto como se le llamaba, para colaborar en la defensa de la ciudad ante el asedio de un pirata holandés. Al regreso de esas campañas militares tuvo ocasión de ser elegido Procurador y luego Alcalde, entregándose a construir diversas obras para su ciudad. El genealogista señala su celo religioso, que lo llevaba a visitar continuamente los conventos fundados por su padre.

En 1658 fija el autor el momento decisivo de su conversión. En 1661 se produjo la muerte de su esposa, con quien había tenido diez hijos, y allí sobrevino una actuación violenta de don Luis que llegó a causarle un juicio público y el embargo de sus bienes. Trató de ponerse al frente de la ciudad para fortificarla definitivamente, y en este intento acudió a la violencia, como lo prueban documentos del archivo tribunalicio silenciados por el genealogista y exhumados por Antonio Serrano Redonnet y otros biógrafos. Incluso se lo acusó de liberar a un ciudadano recluido por acciones criminales para que secundara sus planes. Don Luis huye a las sierras, culminando su retirada en la sierra de Saldán, que siempre había sido su refugio. Tal vez sea éste el origen de un expresivo relato en tercera persona, al cual voy a referirme.

En el año 1663, ingresa como novicio en la Orden de Predicadores, donde profesa pocos días antes de morir, luego de haber cedido parte de su hacienda a las necesidades de la Orden, y al auxilio de las almas de los indios de la encomienda de Soto³. El 10 de septiembre de 1680, luego de autorizar a uno de sus hijos para que redactara su testamento, murió el dominico Luis José de Tejeda y

Guzmán, dejando en su convento una carpeta manuscrita.

Don Jorge M. Furt, editor de su obra, escribió también una curiosa biografía que considero novelada, publicada en 1955, donde se aúna la información obtenida en los archivos y en la obra misma, con una recreación imaginaria fundada en una empatía personal que no le impide asentar severos juicios. A partir de su ingreso en la vida conventual, Luis de Tejada –cuya afición a las letras era conocida desde su juventud–, dio inicio a la realización de páginas en verso y prosa que algunos críticos consideraron reunidas al azar. El genealogista sugería que algunas de esas páginas habrían sido escritas en la juventud del poeta, tema muy difícil de esclarecer. La obra se conservó en varias copias, (hay dos al menos además del códice autógrafo) lo cual induce a los comentaristas a aceptar la tesis de que el autor mismo las hubiera hecho circular en vida. Recordemos que es en el siglo XX cuando, con diferencia de sólo un año, salen a luz la copia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, (que incluía un compendio de poesías y la anónima Genealogía), publicada en 1916 por Ricardo Rojas con el título *El peregrino en Babilonia*, y al año siguiente el manuscrito autógrafo, guardado en el convento de las Teresas, que editó con el título de *Coronas líricas* don Enrique Martínez Paz con notas del Presbítero Pablo Cabrera. En 1947, por fin, Jorge M. Furt realiza la edición facsimilar del Códice autógrafo, cotejando las diferentes versiones y estableciendo el texto definitivo con notas filológicas, históricas y filosóficas que aclaran la mayor parte de las cuestiones que la lectura suscita. No voy a recordar ahora la polémica entre Rojas y Martínez Paz, conocida como «los laureles de papel», ni los juicios a mi ver excesivos que mereció don Ricardo Rojas al propio Furt, editor del facsimilar completo. Faltando al texto su carátula y sus primeras páginas, la carpeta ostentaba un título y una fecha escritos por otra mano: *Libro de varios tratados y noticias*, y el año de 1663. No se trata del título dado por el autor, ni tampoco de la fecha del manuscrito, sino de una de las fechas que figuran en él, según lo ha señalado Emilio Carilla. En un trabajo anterior⁴ intenté plantear la cuestión de la unidad estructural de esta obra, siguiendo la alternancia de sus partes y no tomándolas como unidades aisladas o yuxtapuestas.

Sólo retomaré la idea central de mi trabajo, que

afirmaba la unidad intencional de prosa y verso en una singular estructuración que vincularía al texto con la *Vita Nova* de Dante Alighieri y con ciertos libros árabes de fondo místico y espiritual, como *El collar de la paloma* de Ibn Arabi. El libro es así, a la vez, la historia de la conversión del pecador, y la exaltación de su Intercesora, la Virgen María, con su séquito de vírgenes intercesoras. Es también una obra teológica, un tratado del Amor Místico, y una visión americana del tema, que visualiza al continente austral como territorio ofrendado a la Virgen y al patronazgo de Santa Rosa de Lima. No olvidemos, para nuestra hermenéutica del texto, que la carga religiosa de la época era muy fuerte. Había sido declarado el dogma de la Inmaculada Concepción de María; se había producido la santificación de Teresa de Ávila, tan vinculada a la familia del poeta, y además, acababa de ser la santa limeña.

En los títulos de los editores anteriores se hacía presente la doble vía recorrida por el escritor: el camino del peregrino, prevaleciente en la lectura de Rojas, y la exaltación de la Virgen Madre a través de coronas líricas, en la interpretación de Martínez Paz. Tejada, por su parte, anuncia el plan de su obra: *Es el Rosario Santísimo/ de ciento cincuenta avemarías y quince padrenuestros, (el) que en esta obra se ha de dividir en las tres coronas líricas de su assumpto*». (Libro, 118), como lo señalara hace años el poeta Osvaldo Horacio Dondo⁵. Nuestro primer poeta elegía el Rosario como base para la composición de un libro de índole mística. Se pone de manifiesto la pertenencia de Luis de Tejada a esa tradición de compleja difusión en España. Furt en su prolija lección hace notar la prioridad tradicional de otros autores que han hablado de «Coronas»: Juan de Mena, Fernán Pérez de Guzmán, el marqués de Santillana y Ben Gabirol (*Libro de varios tratados*, 119).

El *Romance autobiográfico*, clave de esta obra aparentemente plural, examina la vida del autor y nos proporciona datos sobre sus desvíos de juventud, excesos libertinos o demasías en el poder. Tejada nos hace saber que a esos desvíos juveniles los acompañaba ya la escritura:

Era nuestro corto alivio
(que era soplar más la llama)
componer una comedia
de las historias pasadas. (Libro, 45.525)

Además de asentarse la temprana vocación de don Luis por la creación literaria, se asienta el concepto del alivio obtenido en ella. La palabra, en la tradición judeocristiana y en muy distantes culturas, ha aparecido siempre como una vía de catarsis y purificación para el corazón atribulado.

La alternancia de prosa y verso se presenta como intrínseca al modo de trabajo del poeta. Reserva el verso para los momentos de mayor tensión afectiva y exaltación religiosa —usando el metro popular del romance para la autobiografía, la lira de seis versos para las «Coronas líricas», la silva para otras composiciones como el «Fénix de amor», etc. Incluye asimismo, como lo puntualiza Oscar Caeiro, cuatro sonetos, no tres o dos como antes se dijo, textos que inician la poesía lírica culta en nuestra tradición. En prosa, además de extender históricamente su experiencia, y ampliar desde el punto de vista teológico su discurso, incluye sus fuentes: Platón, los textos bíblicos, San Agustín, San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, «el insigne Pico Mirandulano», Garcilaso, Lope, Góngora. Esas fuentes, cuyo reconocimiento debemos a estudiosos como Serrano Redonnet, Alfonso Sola González y Gaspar del Corro, entre otros, diseñan la valiosa tradición filosófico-poética del humanismo occidental, al que innegablemente perteneció nuestro autor.

Él mismo nos guía continuamente en la lectura relacionante, unificante, de prosa y verso, como cuando dice:

Probaré agora con un brebe discurso histórico de muchos siglos esta verdad indubitable, dando principio a él con un milagro del Smo Rosario. (Libro, 89)

El itinerario del alma desde el pecado hacia la salvación queda propuesto también como un itinerario histórico, colectivo, que va de lo mundano a lo celestial, de la ciudad prostituida, a la que llama Babilonia, a la ciudad Celeste, Jerusalem. No es otro el camino que se dibuja en las obras de San Agustín o San Buenaventura. Ese itinerario supone en quien lo emprende la fortaleza necesaria para examinar y exorcizar el propio mal, enfrentar «monstruos» y peligros, y asumir un progresivo despojamiento material en función del conocimiento del Bien, la Belleza y la Verdad.

El autor del *Romance* no ha ahorrado detalles

de su vida licenciosa, subrayando su responsabilidad y culpa. Llama a su esposa Anfrisa, y nombra también a otras mujeres que le otorgaban sus favores: Anarda en sus mocedades y Luzinda en el tiempo de su matrimonio, cuando la pasión lo conduce a buscarla en la iglesia en un miércoles de ceniza. La pasión, lo reconoce, sólo termina con la muerte de la amante. Al tiempo que se acusa, Tejeda ofrece un cuadro singular de las costumbres coloniales, comparable al ofrecido por Juan Rodríguez Freyle en el marco de la Nueva Granada.

O mísera ciudad, o patria mía... se lamenta, rememorando sus vicios y anunciando peligros inminentes. *Un laberinto de almenas, un caracol de murallas es esta ciudad sin Dios que el entendimiento encanta.* El laberinto, símbolo infernal, acompaña la descripción de la ciudad terrena, sumida en el olvido de su destino trascendente. María, Teresa, Rosa de Lima y otras santas ocupan el lugar de la Ariadna clásica —a Santa Teresa le otorga específicamente tal nombre— que ayuda al peregrino a salir del infierno mundano, donde atraen *burdeles de Chipre, almagas de accidalia*, *La confusa patria* de Tejeda es comparada en suma con una *laguna sulfúrea, en llamas*.

Es notable que este camino interior haya sido tan vivamente encarnado en la circunstancia concreta del autor y en su marco histórico reconocible.

El que escribe se acusa de los excesos de Venus y también de los excesos de Marte. Su corazón, nos dice, era indiferente al dolor de los otros. Vivía en el egoísmo, la concupiscencia y el goce del poder. El discurso de Luis de Tejeda incluye imágenes de sueños, visiones y apariciones sagradas. En una de esas visiones es su esposa quien le señala el camino a la ciudad santa, cuya cumbre la ocupa «*el gran Carmelo*» —La Virgen, centro de ese universo de santidad que hace comprensible el destino humano, es la gran Intercesora que eleva al peregrino sobre su miseria y le señala, acompañada de otras intercesoras, su verdadero rumbo.

Ya su genealogista señalaba la presencia ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín en la línea autobiográfica que preside el *Romance*. Más atrás hallaríamos el texto bíblico, tanto el Antiguo Testamento con el relato de las cautividades pasadas por el pueblo de Dios, como el Nuevo, con la constante señalación de la liberación del alma de

sus cadenas y esclavitudes. Se halla presente también el Apocalipsis de San Juan, con sus visiones proféticas. Los estudios de Oscar Caeiro, Gaspar del Corro y otros comentaristas contribuyen a esclarecer hermenéuticamente un texto que se dio apresuradamente por superado o carente de un auténtico valor literario.

Tejeda ha desarrollado una teoría de la Belleza y del Amor, en el sentido de la tradición neoplatónica y humanística, que ha inspirado a grandes místicos y poetas occidentales. Despertar del olvido en que el alma se halla sumida es orientarla hacia su fuente, hacia Dios. El Mundo sólo se justifica y hace comprensible espiritualmente por esa abertura metafísica. La criatura humana se halla librada a su realización plena a través de un camino de despojamiento, iluminación y participación divina.

Este itinerario tiene un momento de suma soledad y despojamiento, que es equivalente a la experiencia de Jesús en el desierto. Creo que esta instancia culmina en el episodio de Saldán, narrado en prosa, y aludido también en el *Romance*:

Corrí a mis ojos el oscuro belo
Al tiempo que en el cielo
La Estrella refulgente
Precursora de Fevo
Vi asomada a las puertas del Oriente
Y a las de mi Saldán me vi admirado
De ver un oratorio rico y nuevo
En su sitio más alto y eminente
Hallando sin pensar dichoso centro
Mi peregrinación con tal encuentro.
(Libro, p. 287)

Quiero terminar esta breve incursión en el texto tejediano –que sería imposible ampliar hoy porque debemos escuchar la exposición de otros panelistas– con una referencia al relato de este episodio, que parece aludir al momento inicial de la conversión, ese rayo de Damasco que cambia la vida de un hombre sumido en la dispersión y el desconcierto y lo convierte en criatura de Dios, justificando aquella frase de San Pablo: «No más yo sino Él en mí». Lo recogí en mi trabajo del 71, y Serrano Redonnet lo publica en su breve antología de Tejeda, con el título «El discantillo de Saldán»⁶.

Transcribo un fragmento del relato, en el que

vemos llegar al forastero a la casa de una devota familia que se dispone al rezo de la tarde:

[...] Prevínose el dueño de la casa, por estar en el campo, y abrió las puertas; y vio entrar por ellas a un hombre que más parecía salvaje. Porque aunque el talle y la disposición y edad eran de un mancebo brioso y bizarro, la crecida y desgreñada melena y barba y el aseo de su persona mostraban que venía de habitar los montes. Su lenguaje feo, rústico y placentero, daba a entender que alguna mala fortuna le tenía en aquel estado. Dijo que caminando hacia la ciudad y entendiendo que la cabalgadura en que iba llevaba a ella, no sabía como había retrocedido y se hallaba en aquel paraje, cuya población le habían mostrado los muchos relámpagos. Quietóse el viento y entrándose la devota familia a la capilla, diciéndole al incógnito huésped que esperase allí, apenas se empezó a cantar la Salve cuando él también entró a oírla y se puso de rodillas hasta el fin de ella y de las demás devociones; y luego que se acabaron sacó de abajo del brazo un discantillo, al talle de los demás, y le templó; y al son de él cantó una letra en abalanza de la Virgen y otros muchos romances al mismo asunto, con una admirable voz y no poca destreza. Fuéronse de allí a cenar, agasajáronle, y sobremesa refirió que había años que no venía a la ciudad, por haber habitado en unas montañas que están a más de treinta leguas de ella, entre unos indios bárbaros; donde aunque su vida también lo era, había permanecido en la devoción a Nuestra Señora a quien, entre otras, tenía devoción de cantar siempre al son de aquel discantillo aquellas y otras muchas letras que sabía. Parecióles a los dueños aquel caso milagroso, por los deseos con que estaban; y confirmáronlo cuando, en dos días que para ello lo detuvieron, puso, en diferentes tonos de los muchos que cantaba, todo el oficio, y lo supo cantar toda aquella familia. Con que agradecido del agasajo y socorro que halló en ella, prosiguió su camino a la ciudad. Pagóle la Virgen aquella su pequeña devoción y afecto, luego que llegó a la ciudad, haciéndole religioso lego, y librándole, por este medio, de la muerte que la justicia real le prevenía por muchos y graves delitos, y librándole de cometer otros tantos, aunque no muriera, con el estado religioso en que hoy vive con ejemplar escarmiento⁷.

Un trabajo más detallado, que no es posible plantear aquí, podría abordar el tema de la narración como proceso de objetivación de la vida interior, tal como lo teoriza Paul Ricoeur. También podría remitir a María Zambrano, la filósofa cuyo centenario ha sido celebrado en este año, por su atención a guías espirituales a las que considera

propias del alma española y de su cultura particular. El tema de la conversión reaparece en la novela, género que a mi juicio gira fundamentalmente alrededor de ese núcleo interior, y así lo muestran en nuestro medio las obras de Cambaceres, Marechal, Mallea y Di Benedetto, mostrando la permanencia del ethos cristiano en la cultura nacional.

Para finalizar quiero recordar la cátedra «Luis de Tejada», fundada por Alfonso Sola González en 1950 en la Universidad Nacional de Cuyo con la presencia de Jorge M. Furt, como él mismo lo recuerda al finalizar las páginas de su *Vida de Tejada*. Tareas interrumpidas por el odio cuando no por la ignorancia, que a veces van unidos. Hago votos por la continuidad de la cátedra «Luis de Tejada» que según he sabido existe y en buenas manos en esta Universidad, y celebro la oportunidad de agregar mis palabras a un esfuerzo que deberá ser permanente: la recuperación y profundización de nuestra identidad.

NOTAS

1 Relación de la Fundación de el Convento de Religiosas Carmelitas Descalzas de San Joseph, en la Ciudad de Cordova de la Prov. De Tuquman. LVTN, 198.

2 Comenta el caso Martínez Villada:

Podría sorprender cómo una sociedad tan cuidadosa de la pureza de la sangre aceptase una alianza tan desigual. Pero, aparte de los indiscutibles méritos de la familia de Tejada y de su hidalguía, el hecho no tenía nada de extraordinario en esos tiempos, en que los hijos e hijas de los conquistadores habidos en indias, no decaían en posición social, usaban el tratamiento propio de las personas nobles y casaban dentro de los mejores linajes.

Carlos Luque Colombres. *El mundo de Juan de Tejada*, 2ª edición, Homenaje a Tejada en su IV centenario 1575-1975. Córdoba, Ed. Olocco, 1976, 7.

3 Serrano Redonnet, Prólogo, bibliografía y notas: *Luis de Tejada. Obras (selección)*, Secretaría de Cultura de la Nación y Marymar ediciones, Buenos Aires, 1994.

4 Graciela Maturo: «Luis de Tejada y su peregrino místico». Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, 1971. Recogido en *La Literatura hispanoamericana. De la Utopía al Paraíso*. Fernando García Cambeiro, Buenos Aires, 1989.

5 Osvaldo Horacio Dondo: Sobre la poesía de Luis de Tejada, en *Ortodoxia*, N° 7, Buenos Aires, 1944.

6 Tejada: *Obras*- Selección y notas por Ernesto Serrano Redonnet. Col. Identidad Nacional, 1994.

7 Tejada, *Libro de varios tratados y noticias*, págs. 80-82.

Graciela Maturo es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Cuyo e Investigadora Principal del CONICET y Profesora Consulta de la UCA. Ha ejercido la cátedra en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad del Salvador, la Universidad Católica Argentina y el Instituto Teológico Franciscano. Fundó el Centro de Estudios Latinoamericanos (1970) y el Centro de Estudios Iberoamericanos de la UCA (1989). Su obra publicada abarca la poesía, la teoría literaria, el ensayo y la crítica. Integra la cátedra extracurricular «Luis de Tejada y Guzmán», de la Escuela de Letras de la Universidad del Salvador.